

Dos entrevistas

Por el Dr. EDUARDO A. PIGRETTI

Estando en Jochi Daigoku no deje de visitar al Padre Arrupe. El es ahora el Provincial de los Jesuitas en el Japón y somos amigos desde 1927 en que estudiamos juntos en Holanda. Después agregó: no hace mucho estuvo en la Argentina y pudimos recordar aquellos momentos de estudiantes.

Iba a responderle algo cuando su pluma había empezado a escribir en el papel de borrador que usaba. Entonces dijo: Esta carta le servirá de presentación.

Al terminar llamó una secretaria y le entregó el texto. Era noviembre del año pasado y desconocía entonces que aquella entrevista sería la última que mantuviera con el Padre Alonso. Lucía aún la actividad característica y su aspecto físico no dejaba entrever todavía, a ojos profanos, la vecindad del desenlace.

Seguimos hablando. Hablar con él producía una sensación particular de entusiasmo para con las cosas que proponía y comentaba. Era en nuestra Facultad el Decano, pero quienes solían evitar las horas de protocolo universitario habían descubierto que él gustaba de cumplir todas las funciones del escalafón. Pudo quizás así realizar sin proponérselo el ideal del falansterio al desempeñar todas las tareas.

La secretaria regresó con la carta terminada. El Padre Alonso me la alcanzó como pidiendo conformidad con las palabras escritas. Intenté aprobarla sin leerla pero él insistió. Empecé a leer. La generosidad que le conocía se mezcló esa vez con el sentimiento hacia el amigo distante. Había una promesa de volver a encontrarse. Esta vez el Padre Alonso no la cumplirá...

En seguida agregó otros nombres a quienes podía dirigirme en otros lugares. Quise agradecerle pero rehusó con acostumbramiento. Todas las latitudes habían sido encargadas a su sacerdocio y él se limitaba a reconocerlo.

Corría diciembre y la temperatura ya era baja en Tokio. En el extraño país de los signos indescifrables y la cortesía exagerada, tendría la oportunidad de conocer al Padre Arrupe. Mi fantasía había sido aumentada por los relatos amigos; El Padre Arrupe estuvo en Hiroshima el día de la Bomba. Es el testigo más importante de la centuria que me era dado tratar personalmente. Además, su dignidad eclesiástica calificaba el encuentro.

Mi ansiedad desapareció con su presencia. Un jesuita de estatura mediana, frente despejada y mirar sereno avanzó calmamente. No había en su voz rastro de las penurias pasadas. Leyó con interés la carta de Alonso. Después, mientras conversaba recordaría los tiempos de estudio y compañerismo vividos en Bélgica y Holanda junto a Alonso. Le entregué algunas publicaciones de nuestra Facultad y el tema giró sobre la obra que nuestro decano cumplía en ella.

El diálogo bien se interrumpió al entrar a un edificio de la Jochi Daigoku, la universidad jesuita que el Padre Arrupe supervisaba como provincial del Japón. Recorrimos con él las aulas y luego otros edificios del espacioso campus. Allí encontramos dos jesuitas argentinos que cumplen tareas misionales y que se unieron a nosotros. Alonso volvió al recuerdo a través de sus palabras.

Almorzamos y el tema se orientó hacia las características del Japón que los jesuitas intentan misionar por todos los medios a su alcance. Hacia la media tarde nos despedimos. Siguiéron los saludos y nuestra partida.

* * *

Los diarios de Buenos Aires, anunciaron la designación del Padre Arrupe como nuevo general de la orden jesuita. A esos mismos diarios les tocó hacer conocer la desaparición del Padre Alonso. Con él desapareció el Decano que todos admirábamos. Creemos que el nuevo general hubo de perder además el soldado muy querido.